

Escripta

Revista de Historia

Entrevista

La nueva izquierda en la historia reciente de América Latina
Un diálogo entre Eric Zolov, Rafael Rojas, Elisa Servín, María Cristina Tortti y Aldo Marchesi

New left in the recent history of Latin America
A dialogue between Eric Zolov, Rafael Rojas, Elisa Servín, María Cristina Tortti and Aldo Marchesi

Nicolás Dip (Coordinador)¹

Recepción: 1 de noviembre de 2020
Aceptación: 30 de noviembre de 2020

¹ La realización de la entrevista fue coordinada por **Nicolás Dip** y llevada a cabo por **Sylvia Sosa Fuentes, Anderson Paul Gil Pérez, Iris Adriana Juárez Galván, Hugo Armando Nateras Jiménez, Brenda Belén Castillo, Martín Manzanares Ruiz, Marco Antonio Sandoval, Carolina Fernández Esquivel y Guadalupe Manzano Ocampo**. La misma es producto del curso intersemestral “La nueva izquierda en la historia reciente de Estados Unidos y América Latina: un abordaje desde la política y los intelectuales”, ofrecido en el Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, entre el 7 y el 11 de septiembre de 2020. Las conversaciones originales duraron más de una hora y contaron con un gran número de preguntas. Esta es una versión sintética para que su lectura y aprehensión sea más accesible.

Un tema importante en la historia reciente de América Latina es el estudio de los movimientos de protesta y las experiencias revolucionarias de los años sesenta y setenta. En este campo, investigadores de distintos puntos de la región y de Estados Unidos recurren al concepto de “nueva izquierda” para indagar en sus dimensiones políticas, sociales y culturales. Desde las historiografías de sus respectivos países, han realizado valiosos aportes, a partir de estudios de caso o encuadres analíticos más amplios. Esto ha permitido nuevas miradas y pesquisas en un ámbito donde muchas veces priman, como única óptica, las memorias y testimonios de los protagonistas de la época.

Los avances, sin embargo, no están exentos de discusiones y deudas pendientes. Una controversia importante está relacionada a la pregunta de si el término nueva izquierda es adecuado para representar a los grupos y actores que se identificaron como revolucionarios en ese período. A lo que se suma la necesidad de incrementar los estudios transnacionales que sean capaces de proyectar la amplia “geografía de protesta” que caracterizó a esos años y entender la profunda circulación de personas y debates político-intelectuales en América Latina. La reconstrucción de estas redes plantea grandes desafíos a futuro, dado que involucraron a sectores sociales, políticos y culturales de diverso tipo, como partidos políticos, agrupaciones gremiales, intelectuales, movimientos estudiantiles, organizaciones guerrilleras y vanguardias artísticas, entre otros.

Con el objetivo de comprender las potencialidades y limitaciones del concepto de nueva izquierda en el estudio de las experiencias contestatarias de América Latina de los años sesenta y setenta, convocamos a un grupo de historiadores e historiadoras de destacada trayectoria, pertenecientes a distintos países de la región y a Estados Unidos. De esta manera, a continuación, reproducimos un diálogo entre Eric Zolov de la Universidad Estatal de Nueva York, Rafael Rojas de El Colegio de México, Elisa Servín del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, María Cristina Tortti de la Universidad Nacional de La Plata de Argentina y Aldo Marchesi de la Universidad de la República de Uruguay.

Desde sus ópticas e investigaciones particulares, otorgan una serie de elementos historiográficos y sociológicos para abordar la nueva izquierda a nivel regional o a partir de casos nacionales concretos, como México, Argentina, Chile, Cuba y Uruguay. También hacen alusión a interacciones transnacionales entre militantes e intelectuales de América Latina y Estados Unidos. Finalmente, es importante señalar que las perspectivas brindadas, además de sugerir orientaciones analíticas y metodológicas, dejan algunas preguntas no resueltas que en el futuro pueden generar insumos en la discusión de casos que no son tratados en esta entrevista, como el de los países andinos, Brasil y otras naciones de América Central.

El término nueva izquierda es un concepto importante en el análisis de las experiencias revolucionarias y contestatarias de los años sesenta y setenta en América Latina. Sin embargo, muchas veces es utilizado sin precisiones analíticas e historiográficas. Desde sus experiencias de investigación, ¿cómo consideran que debe abordarse el uso del concepto de nueva izquierda en la historia reciente latinoamericana, teniendo en cuenta dimensiones generales para la región en su conjunto o experiencias relevantes de países concretos?

Eric Zolov: El uso del concepto de nueva izquierda en los sesenta y setenta necesita considerar tres niveles: el epistemológico, el geopolítico y el estético. En cuanto al primer punto, la diferencia entre vieja y nueva izquierda se distingue según dónde buscaba cada una el factor dinámico del proceso histórico. En la vieja izquierda, el motor revolucionario era la clase trabajadora y desde su punto de vista epistemológico eso era lo que movía la historia. El motor era la clase trabajadora y su poder de obstaculizar la economía a través de la huelga. La vieja izquierda quiere decir sindicatos, poder de huelga y vanguardia de la clase obrera, en el sentido tanto práctico como simbólico. Su modelo de utopía socialista era la Unión Soviética. Mientras que en la nueva izquierda, el motor revolucionario no estaba basado exclusivamente en la clase trabajadora, sino que también comprendía a la lucha armada, a los estudiantes y a otros actores y grupos con obligaciones morales. Era la obligación ética y moral de hacer la revolución, en el sentido que Fidel Castro daba a la idea de compromiso. Además, la nueva izquierda visualizaba a la Unión Soviética como retrógrada y burocrática. Su idea de coexistencia pacífica era puesta en tela de juicio por sus arreglos con Estados Unidos. Frente a esto, China aparecía como una experiencia disruptiva a nivel internacional.

Entonces, la diferencia entre vieja izquierda y nueva izquierda tiene un nivel epistemológico vinculado a la pregunta de dónde está el motor revolucionario y un sentido estratégico sobre cómo hacer la revolución. A su vez, también existe un nivel geopolítico en relación a la influencia o liderazgo de la Unión Soviética o China como modelo. Aunque también podemos agregar un nivel estético que diferenciaba a la nueva izquierda de la Unión Soviética, la cual aún en los sesenta y setenta estaba muy marcada por la estética del realismo socialista. Lo que primaba era la heroización y monumentalización de la estética soviética. En cambio, la nueva izquierda tuvo una identidad mucho más compleja porque por un lado rechazaba eso, pero por otra parte también estableció una nueva heroización en símbolos como el Che Guevara. A su vez, incorporó los colores y las líneas de la estética pop, como se ve por ejemplo en los posters y afiches que se realizaban en esos años en Cuba, en Chile, en Estados Unidos y muchos otros lugares.

Existen estudios sobre los posters y los afiches de Cuba porque como ha escrito David Kunzle, un importante historiador de arte: “El proceso por el cual los artistas cubanos absorbieron y activaron los estilos formulados por el gigante del norte es

análogo a la táctica enfatizada por el Che, el guerrillero que captura las armas del enemigo para usarlos en su contra” (1997). En síntesis, el uso del concepto de nueva izquierda en los sesenta y setenta implica considerar estos tres niveles: geopolítica, epistemología y estética.

En mi evolución como historiador, desde el punto de vista epistemológico como historiográfico, empecé a reflexionar explícitamente sobre estos temas en el artículo donde abordo la nueva izquierda latinoamericana (Zolov, 2008), haciendo hincapié en el caso de México. El trabajo comenzó como parte de una conferencia sobre el Che Guevara en América Latina que organizó Paulo Drinot, en aquel momento de la University of Manchester. De esta experiencia fue publicado un libro que se llama *Che's Travels: The Making of a Revolutionary in 1950s Latin America* (2010). Es un trabajo que cuenta con muchos capítulos donde se intenta interpretar cuestiones sobre qué veía y no veía el Che durante sus viajes de los años cincuenta en América Latina, antes de la Revolución Cubana. A mí me tocó el capítulo sobre México y me llamaba mucho la atención que el Che y los *beats*, Allen Ginsberg, Jack Kerouac y otros, se encontraban al mismo tiempo en México.

Me preguntaba, ¿qué puntos tenían en común el Che y los *beats* en sus búsquedas respectivas en México y en América Latina? Esta cuestión me llamó la atención y ayudó a establecer un marco conceptual para abarcar dos gestos o trayectorias que a mi entender simbolizan a la nueva izquierda. Por una parte, el itinerario del Che que terminó en la izquierda armada. Pero, por otro lado, la trayectoria de los *beats* expresa una izquierda más bohemia y cosmopolita que también desafiaba las estructuras de la sociedad capitalista. De hecho, las dos facetas de la nueva izquierda pretendían tumbar al capitalismo, desde sus respectivas maneras y estilos. Mientras el Che quería derribar al capitalismo con el socialismo, el comunismo y la lucha armada; los *beats*, los *hippies* y toda esa otra vertiente de la nueva izquierda, enfrentaban al capitalismo como un rechazo de la colonización del cuerpo y por eso trabajaban en pos de su liberación.

En toda esta perspectiva existe una tensión. Por un lado, las dos tendencias que describo caben dentro de un marco de nueva izquierda, aunque es un enfoque bastante amplio de ese espectro. De esta manera, en la coincidencia también hay una tensión muy fuerte porque la liberación del cuerpo es justamente lo opuesto a la disciplina del cuerpo que practicaba la nueva izquierda armada. Toda esta evolución se produce en el mismo tiempo histórico, con puntos de referencia en común. Por ejemplo, es conocido que Abbie Hoffman estuvo en Cuba y Fidel Castro lo echó, después de comentar que tenía un sueño homo-erótico con el Che Guevara. Esto puede discutirse, pero en mi punto de vista epistemológico sobre la nueva izquierda caben lo bohemio-contracultural y lo armado dentro de una misma sensibilidad; aunque desde ya existen múltiples porosidades y matices en todo este espectro.

Finalmente, creo que el uso del concepto de nueva izquierda tiene que problematizarse en relación a la perspectiva de los *global sixties*. Por ejemplo, es interesante pensar: ¿Qué hubiera pasado si Fidel Castro tenía éxito en 1953, en el asalto al Cuartel Moncada, en vez de en 1959? ¿Se habría dado la Revolución Cubana? Lo dudo, porque la Revolución Cubana en 1959 necesitaba el contexto de los *global sixties*. La Revolución Cubana irrumpió en un momento de los *global sixties* ya establecidos, por la Conferencia de Bandung de 1955 y muchas otras experiencias previas. Si la Revolución hubiera ocurrido en 1953, quizás habría sido una buena opción nacionalista pero local. El punto en esta cuestión es pensar la idea del *timing*, es decir, cuándo pasan las cosas. Para los historiadores *timing is everything*, es contexto, y los *global sixties*, desde mi punto de vista, se dividen en dos: antes y después de 1966. Aunque se podrían dividir en más etapas si se tienen en cuenta periodizaciones locales (como las de México, Argentina y otros países de América Latina) en vinculación con lo que estaba pasando a nivel regional y geopolítico. Fueron muy diferentes los primeros años de los sesenta, de los mediados y finales de la década, como también fueron muy distintos los comienzos de los setenta.

Para debatir esta cuestión recomiendo la colección *The Routledge Handbook of the Global Sixties. Between Protest and Nation-building* (Jian et al.: 2018). Es un trabajo de muchos investigadores actuales que proponen mapear vínculos en América Latina, Asia, África y el Medio Oriente. Su idea es que había personas de muchos lugares del mundo que estaban poniéndose en contacto en varios niveles. Localizan muchas esferas de relación entre personalidades, discursos, sonidos, imágenes e ideas. De hecho, Arjun Appadurai, un antropólogo muy importante que influyó mucho en mi trabajo, habla de esa idea de transnacionalidad, casi que podría decirse que él inventa el concepto. En definitiva, es necesaria una tarea colectiva para buscar la transnacionalidad desde los *global sixties*, vinculando los grandes eventos geopolíticos con dimensiones políticas y culturales.

Rafael Rojas: Por mi parte visualizo que el uso dado al concepto de nueva izquierda en la historia reciente de América Latina se presta a mucha confusión. Por eso, soy partidario de una historización precisa de eso que se llamó nueva izquierda entre finales de la década de 1950 y principios de 1970. El término comenzó a caer en desuso durante la primera mitad de la década de 1970 en América Latina, como consecuencia de la desmovilización guerrillera parcial que se vivió en muchos países de la región. En Europa, en cambio, declina por el surgimiento de corrientes socialdemócratas o de cierto reformismo de izquierda que condujo al eurocomunismo, el cual de a poco fue dejando atrás la perspectiva de la nueva izquierda.

Para reproducir el itinerario del concepto de nueva izquierda, es útil remitirse a algunos textos fundamentales. Hay dos que son claves y muy fáciles de encontrar. El primero es de la serie de ensayos que publica E. P. Thompson, entre finales de la década de 1950 y principios de 1960, en diversas publicaciones de Londres, y que

también se reproducen en Nueva York, San Francisco y otros núcleos intelectuales de la nueva izquierda estadounidense. El segundo es la famosa *Letter to the New Left* (1960) de Charles Wright Mills. Me parece que Thompson y Mills son los autores que consolidan las bases para hablar de la nueva izquierda, al acuñar la perspectiva de lo que será este movimiento, en el que se irán inscribiendo después muchas corrientes intelectuales y políticas de la izquierda latinoamericana.

El término, por ejemplo, aparece en la obra del Che Guevara, en los ensayos de Régis Debray, y Ruy Mauro Marini, que discutieron las distintas modalidades de radicalización del socialismo de los años sesenta en América Latina. Pero insisto en que el origen de la expresión son los textos de Thompson y Mills. Hay un libro (2016) en español que reúne esos ensayos de Thompson, que publicaron la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), pero también se puede ir a la edición de la *New Left Review* en inglés y buscar sus ensayos entre 1959 y 1961.

En ese momento lo que se requería para dar una definición de la nueva izquierda era distinguirla de su antecedente, la vieja izquierda. Thompson nos dice que entre 1956 y 1959 se producen una serie de fenómenos que definen muy claramente la posición: la invasión soviética a Hungría, todo el proceso de “desestalinización” de la Unión Soviética que emprende Nikita Jrushchov, en lo que se llamó el “deshielo”, y la intensificación de los procesos de descolonización del Norte de África, principalmente la Revolución Argelina que tiene un impacto decisivo sobre la izquierda francesa. Y, no lo dice Thompson, pero nosotros podríamos añadir algunos otros eventos importantes desde el punto de vista latinoamericano, como son el golpe de Estado orquestado por la CIA y Carlos Alberto Castillo Armas contra la revolución de Jacobo Árbenz en Guatemala y la hostilización contra la Revolución Cubana por parte de los gobiernos de Dwight D. Eisenhower y John F. Kennedy.

Entonces, aunque Thompson no incluye la parte de América Latina, elemento que sí está presente en Mills, sí le da mucha importancia a lo que sucede en Europa del Este y el norte de África. Pues el historiador inglés observa que para finales de la década de 1950 en la izquierda comunista o socialista occidental existía una crisis paralela de lo que él llama “dos establishments”. El primero se asocia con un incremento de la medida, la complejidad y los saberes requeridos en todos los asuntos de la industria que han contribuido al sentido de anonimato de los individuos dentro de las grandes empresas, al mayor poder de los gerentes y al sentido de insignificancia del productor individual; este es el establishment, naturalmente, del poder capitalista. La Guerra Mundial dio paso a otra, la Guerra Fría, y reforzó en la Unión Soviética la economía altamente centralizada mediante la planificación típica de la era de Stalin, lo cual intensificó los cambios y la consolidación de los recursos puestos a disposición del Estado. Es lo que Thompson llamó el “establishment del poder”. Como ven, asocia el establishment del poder, en el comienzo de

la Guerra Fría, a los dos súper poderes: el poder del capitalismo occidental y el poder de la Unión Soviética en Europa del Este.

El otro elemento es lo que Thompson define como el “establishment de la ortodoxia”. Él escribe un libro antes de estos ensayos sobre la nueva izquierda, al que tituló *Sobre la apatía* (1960). Es una crítica a la izquierda británica, donde incluye a la izquierda laborista, socialista y también algunos partidos trotskistas. Los asociaba con la apatía porque veía un creciente conformismo en estas organizaciones que estaba vinculado al arranque de la Guerra Fría. Thompson nos dice que dos factores se han combinado para generar un clima de conformidad intelectual: primero, el control centralizado de los grandes intereses comerciales y del propio Estado y, segundo, el partido único en el campo socialista. La comunicación masiva de propaganda y entretenimiento con la consecuente eliminación de las opiniones de la minoría. Es la ortodoxia ideológica y la caza de brujas derivadas de la Guerra Fría. En la URSS esta ortodoxia fue reforzada por la autoridad del Estado, pero en Estados Unidos y Gran Bretaña, donde las formas de la democracia liberal se conservaron, los grandes partidos políticos (sean de derecha, izquierda o centro) aprobaron oficialmente las ortodoxias de la Guerra Fría como el anticomunismo, la estrategia de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la producción de armas nucleares y el resto del aparato colonial e imperial. Esta es la manera como Thompson identifica la vieja izquierda, naturalmente está incluyendo la ortodoxia marxista-leninista de los países de la Unión Soviética y de Europa del Este.

Thompson, al igual que Mills, vivió muy intensamente la invasión a Hungría y toda la represión de las disidencias en Europa del Este. Desde este lugar, Thompson construyó el concepto de nueva izquierda y consideró que se estaba enfrentando a la vieja izquierda en buena medida porque ésta última se encontraba ligada a la dinámica de la Guerra Fría. Por eso creía que la nueva izquierda debía enfrentarse a esta lógica, entendida como un poder binario en la que las hegemonías se producen de un lado y del otro. A lo largo de su texto *Sobre la apatía* aporta más detalles: afirma que una parte de la apatía y el conformismo vienen heredadas del periodo de los frentes populares de las viejas izquierdas. Se refiere a la idea de crear alianzas promovidas por el estalinismo con diversas corrientes de izquierda para favorecer las causas de la liberación nacional.

En América Latina, como sabemos, esta estrategia de los frentes populares seguida por los partidos comunistas en las décadas de 1930 y 1940 conformó también un tipo de colaboración con las oligarquías nacionales, para llevar adelante la causa de la industrialización. Por ejemplo, esto es lo que encontramos en el pensamiento y en la práctica política comunista tradicional de personajes como Victorio Codovilla en Argentina, Blas Roca en Cuba, Vicente Lombardo Toledano en México, o lo que también llegó a ser conocido como el *browderismo*, idea promovida por el Partido Comunista de Estados Unidos, encabezado por Earl Browder.

La tesis consistía en que los partidos comunistas no tenían que hacer la revolución, sino colaborar con las burguesías nacionales para abonar a la causa de la industrialización. Esto produce que los partidos comunistas abandonen el proyecto de la revolución. En América Latina eso es bastante claro, sobre todo después del golpe de Estado contra Jacobo Árbenz y especialmente cuando comienza la hostilización hacia la Revolución Cubana, cuando vemos un desplazamiento de otras izquierdas no comunistas, sino nacionalistas revolucionarias (peronistas, apristas) hacia el polo revolucionario y, finalmente, el ascenso de una juventud marxista que abraza la causa de la revolución y se identifica con la nueva izquierda, es decir, con elementos descolonizadores, antiimperialistas y con la dimensión crítica de la nueva izquierda latinoamericana, frente a la Unión Soviética y el socialismo de Europa del Este.

En este *corpus* de textos podemos ir identificando una forma de intelección de la nueva izquierda que tuvo mucho predicamento en América Latina. Claro, hay otras fuentes para entender este movimiento político e intelectual, como el pensamiento de Franz Fanon, la descolonización y el panafricanismo, entre otros. Pero diría que uno de los matices que incorpora la carta de Mills a la discusión es que él sí piensa que en la Guerra Fría no se puede establecer un argumento de equidistancia entre el bloque imperialista capitalista de Gran Bretaña, Estados Unidos y el bloque soviético. Mills argumenta que el bloque soviético cumple una función de equilibrio en el mundo, sobre todo a través del apoyo de los movimientos de liberación del tercer mundo, lo que él llamaba la comunidad de países hambrientos (países de Asia, África y América Latina). Así Mills se muestra un poco más comprensible a los dilemas de la descolonización y del panafricanismo (después se le llamará la tricontinental). Él no pudo vivir esos acontecimientos porque murió antes, pero sí rechazó esa equivalencia de los dos grandes poderes que se lee en la obra de Thompson. Finalmente, pienso que todo este recorrido es importante para avanzar en el itinerario del concepto, pero también para inscribir dentro de este horizonte de la nueva izquierda muchos movimientos sociales, políticos, populares y juveniles de los Estados Unidos que durante toda la década de 1960 tuvieron algún grado de identificación con la Revolución Cubana.

Elisa Servín: Me gustaría retomar lo planteando anteriormente para problematizar el uso de la categoría de nueva izquierda en América Latina, sobre todo en la experiencia de México. Para esta nueva izquierda, como plantea Charles Wright Mills, el nuevo sujeto político, que incluso puede convertirse en vanguardia revolucionaria, son los jóvenes, los estudiantes y los intelectuales. Lo que Mills llama “la metafísica de la clase obrera” se deja de lado y en los años sesenta son los jóvenes y los intelectuales los que empujan a la izquierda a conquistar nuevos espacios. En este sentido, me parece que el movimiento de 1968 en México es un punto de llegada de estos debates y movilizaciones. Esta experiencia y las reflexiones

que trae aparejadas serán a su vez el punto de partida de una nueva etapa para la izquierda.

Ese tránsito acerca de cuál es el sujeto revolucionario por excelencia se produce, aunque no explícitamente, en las páginas de la revista *el espectador*. Coincido con Jaime Pensado (2008) y con Eric Zolov (2008) en que *el espectador* es el primer espacio intelectual en México que dice: “somos la nueva izquierda y estamos pensando en términos de nueva izquierda”. Aunque siguen con la idea de que a ellos, como intelectuales, lo que les corresponde es ser la voz crítica e informada, pero que la tarea de organización le atañe a la clase obrera. Sobre todo Víctor Flores Olea es el que insiste mucho en este señalamiento: “la vanguardia revolucionaria es la clase obrera, nosotros sólo somos acompañantes y conciencia crítica”.

Este mismo debate luego se produce con mayor intensidad en otros espacios. Durante su visita a México en 1960, Mills discute este tema, el cual está relacionado con el papel del intelectual comprometido, en el más amplio sentido de la palabra. La invitación a Mills a México, por parte de Pablo González Casanova, que en ese momento es un joven sociólogo, director de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), es en sí misma un ejemplo de los intereses y las discusiones que empiezan a tener lugar en las universidades, entre los intelectuales y los jóvenes estudiantes que se proponen renovar a la izquierda.

En ese sentido, la alternativa que plantea la nueva izquierda en México no sólo está dada por la guerrilla o el foquismo, sino que también abarca todo un campo intelectual a través de nuevas editoriales, revistas, cineclubs, seminarios y conferencias. Hay toda una irrupción de publicaciones en la UNAM y en otras universidades estatales, como por ejemplo una publicación que se llama *Nueva Izquierda* que tiene muy corta duración. En este contexto, vemos figuras como Roger Bartra que está inmerso en la discusión y el compromiso por renovar a la izquierda. Los jóvenes encuentran un espacio de renovación intelectual de las izquierdas en las universidades y en las nuevas editoriales, como *Nuestro Tiempo*, *Era* y *Siglo XXI*.

Pensando en los antecedentes de este tránsito, entre una vieja y una nueva izquierda, hay que recordar la revisión crítica del estalinismo que inicia en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1956 y que genera una discusión intensa en los partidos comunistas en Europa. En México esa discusión toma un poco más de tiempo. El debate que inicia a fines de 1956-1957 realmente se resuelve a mediados de 1960, cuando se produce un cambio en la dirigencia del Partido Comunista Mexicano (PCM) que permite la llegada de un nuevo grupo. Una de sus figuras más conocidas, Arnoldo Martínez Verdugo, llega con la idea de que debe revisarse y fortalecerse el comunismo mexicano.

También se produce el ascenso de movimientos sindicales, campesinos y estudiantiles a fines de los años cincuenta. En 1958 la confluencia de estos movimientos, de alguna manera, muestra la distancia que existe entre la izquierda partidaria, como estructura y partido, de lo que está sucediendo en el ámbito social y sindical. De esta manera, en 1958 y 1959 confluyen esta irrupción de movimientos sociales con el cuestionamiento interno de la izquierda partidaria y con el surgimiento del nuevo grupo de intelectuales ligados a *el espectador* que se asumen de izquierda y plantean la necesidad de construir algo nuevo, ya que el agotamiento de la izquierda partidaria es evidente.

Como ya se sabe, el movimiento ferrocarrilero se resuelve con una represión brutal a la huelga, pocos meses después de que Fidel y el Che entran triunfantes a La Habana. Este contraste, entre lo que está pasando en México y lo que sucede en Cuba, es muy fuerte para quienes están pensando intelectualmente en la necesidad de construir una nueva izquierda. La represión genera a su vez un movimiento por la libertad de los presos políticos que también es un factor de articulación de todos los grupos de la izquierda.

La revista *el espectador*, que se publica solamente un año, aborda este abanico de eventos. Por un lado, está la gran represión de los movimientos sociales que es un reflejo del agotamiento de la Revolución Mexicana y de la legitimidad de un régimen que lleva cuarenta años diciendo: “somos los herederos del movimiento revolucionario”. Por otro lado, se da el surgimiento de la Revolución Cubana, que es una experiencia protagonizada por jóvenes de la misma generación de los intelectuales que fundan *el espectador*; todos tienen alrededor de treinta años. Esto hace que el contraste con el agotamiento del régimen de la Revolución Mexicana sea todavía mayor.

Simultáneamente, hay un fortalecimiento del cardenismo. Lázaro Cárdenas, quien se había mantenido más o menos al margen de la vida política, en esos momentos regresa a la escena política con mucha fuerza. Vuelve en un momento de movilizaciones sociales y de fuerte autoritarismo del régimen que confluye con el apoyo explícito que da a la Revolución Cubana. En ese contexto, impulsa la organización del Movimiento de Liberación Nacional (MLN), el cual se propone y plantea como un ámbito de articulación de las izquierdas. Un lugar de debate, organización, propuesta y construcción de un proyecto al que van a entrar con gran entusiasmo todos los grupos existentes: intelectuales, cardenistas, dirigentes sociales y, con relativo entusiasmo, Vicente Lombardo Toledano, el Partido Popular y el PCM.

Digo con relativo entusiasmo porque todo el mundo llega al MLN con su propia agenda de cómo construir un espacio de edificación y articulación de la izquierda. Planteo esto porque creo que el MLN es un ámbito de transición de la izquierda mexicana. Este esfuerzo de organización de principios de los años sesenta fracasa,

no dura más que un par de años. Pero es un espacio de transición porque es el punto en el que queda claro que el proyecto de la Revolución Mexicana ya no podía seguir siendo el proyecto de la izquierda mexicana.

La relación complicada de la izquierda con el cardenismo en los años treinta se vuelve a articular en esta coyuntura, aunque se produce un quiebre con el fracaso del MLN. Para la izquierda que se plantea socialista y comunista, esto significa construir un proyecto y una revolución diferente a la Revolución Mexicana, incluida su vertiente progresista más orientada a la izquierda que es el cardenismo. Como se agotó, lo que hay que hacer es plantear una nueva revolución. Aquí evidentemente el gran modelo de la revolución socialista latinoamericana pasa a ser Cuba. Por esta razón, también planteo que el MLN es un espacio de transición.

Digamos que los debates que se producen en su seno y el esfuerzo de organización que emana de su estructura, sobre todo a nivel local, dejan ver la necesidad de construir nuevos espacios y alternativas. De esta manera, el MLN explicita la disyuntiva sobre cuáles son las vías en que va a seguir actuando la izquierda. En su seno, se dan una serie de discusiones porque justo en 1963 inicia la sucesión presidencial de Adolfo López Mateos. En ese momento, las izquierdas que han estado tratando de articularse en un proyecto común que las integre a todas, se encuentran con la disyuntiva de qué hacer con esa organización. Se preguntan qué hacer: “¿se hace un partido político, se entra a un proceso electoral o nos mantenemos al margen de la vía electoral?”.

Los cardenistas y la izquierda intelectual de *el espectador* consideran que el MLN no es un partido político, por lo tanto, no debe participar en elecciones. Para usar un concepto más cercano, diría que están pensando al MLN como un esfuerzo de construcción de la sociedad civil, que no tiene como finalidad la construcción de un partido. Los que sí tienen esa finalidad y aprovechan todo ese esfuerzo de organización son los militantes del Partido Comunista. Este espacio es el único que dice “la única salida es participar en el proceso electoral” y en efecto postula, con el Frente Electoral del Pueblo, la candidatura de Ramón Danzós Palomino. Aunque ni siquiera les dan registro como partido, mantienen esta idea de que las campañas y la vía electoral son un esfuerzo de organización, de concientización y que la nueva revolución socialista tiene que ser una revolución democrática. Aquí la izquierda partidaria define con toda claridad una línea que vamos a ver a lo largo de los años setenta y ochenta.

Visto en perspectiva, el MLN es un movimiento de transición en el cual queda muy claro un cambio generacional en la izquierda mexicana, no sólo en intelectuales, sino en dirigentes sociales. Estoy pensando, por ejemplo, en Lucio Cabañas y en Genaro Vázquez. En ese momento, son maestros y dirigentes sociales que apuestan al esfuerzo de organización del MLN y ante el fracaso, ante la imposibilidad de articular algo distinto, piensan en otras vías. En este sentido, el MLN es el

último esfuerzo de articulación de la izquierda nacionalista, progresista y cardenista mexicana. Luego, la izquierda se radicaliza cada vez más en la medida en que avanza la década.

Así, se van a ir planteando dos nuevas vertientes de lucha en la nueva izquierda mexicana: una de ellas es la lucha guerrillera y el foquismo revolucionario guevarista. Si la vía electoral y la vía de la organización social no funcionan, queda la vía de la lucha revolucionaria. La otra gran vertiente es la vía contracultural que se produce, sobre todo, en las universidades y en los espacios culturales. La segunda mitad de los sesenta es una década de movilizaciones estudiantiles en todo el país. Hay movimientos estudiantiles en Michoacán, en Sonora, en Sinaloa y en Chihuahua, donde esta nueva generación de jóvenes e intelectuales ven el agotamiento de las viejas formas de la izquierda y al mismo tiempo el impacto de la Revolución Cubana, la cual cada vez se radicaliza más. De esta manera, en estas vertientes de la nueva izquierda se produce un corte tajante frente a la idea de revolución del nacionalismo revolucionario cardenista.

María Cristina Tortti: Desde mi perspectiva, para entrar al estudio de la nueva izquierda, argentina en este caso, y en los usos analíticos del concepto, es necesario tener en cuenta, al menos como datos, dos o tres cuestiones. La primera, ubicarnos en el escenario global, en los tiempos del malestar generado por el mundo de la posguerra y de la Guerra Fría, mundo en el cual algunos acontecimientos –invasión soviética a Hungría, guerra de Vietnam, Revolución Cubana–, actuaron como catalizadores y contribuyeron a proyectar las reacciones no sólo contra el “doble establishment”, al que acaba de referirse Rafael Rojas, sino también como mirada crítica hacia el mundo de las izquierdas establecidas, a las que se percibía como política y culturalmente “estancadas”. Este fenómeno estuvo fuertemente imbricado con el proceso de modernización cultural y de renovación en las ciencias sociales, el cual se produjo también en el campo de la teoría marxista.

Una segunda cuestión a tener en cuenta es el carácter de país latinoamericano y periférico de la Argentina y, en consecuencia, la naturaleza diversa de los problemas que enfrentaba. Es relativamente fácil comprobar que en Argentina la nueva izquierda, aun teniendo el carácter de “revuelta cultural”, fue mucho más allá. En tanto engarzó con el movimiento de protesta social, logró un alto grado de politización y radicalización, incluyendo el recurso a la violencia y la presencia de organizaciones político-militares.

A nivel estrictamente local, un rasgo propio de la nueva izquierda, el que otorga especificidad al caso argentino en el contexto regional, es el de la presencia gravitante de un estilo y una cultura política marcados por el influjo del peronismo sobre la clase obrera y los sectores populares. Es necesario llamar la atención sobre el peso de un modelo y una extendida identidad de tipo “nacional-popular”, diferente o alternativa respecto de la cultura política de los países de la región con ma-

por presencia de las izquierdas “clasistas”, socialistas o comunistas, para entender el devenir de la nueva izquierda argentina. Por estas razones, la cuestión de la relación peronismo-clase obrera constituyó un tema central de discusión en todos sus ámbitos, tanto en las vertientes que se acercaron a él y se pensaron como su ala izquierda, como por parte de los grupos y organizaciones que manteniéndose autónomos, nunca dejaron de interrogarse sobre ese movimiento político.

Esto fue especialmente así, y de manera creciente, a partir de que el gobierno del general Juan Domingo Perón fuera derrocado en 1955, y proscriptos él y su movimiento. Comenzó entonces una larga crisis social y política con la consiguiente deslegitimación del Estado y las instituciones democráticas. De modo que esa crisis se constituyó en habilitadora y punto de arranque de un ciclo de movilización en constante crecimiento, al menos hasta los primeros años setenta, que incluyó desde la protesta gremial y el surgimiento de la nueva izquierda intelectual, analizada, entre otros, por Óscar Terán (1991) y Silvia Sigal (1991), hasta episodios de tipo insurreccional y la puesta en pie de organizaciones revolucionarias –entre ellas, las político-militares–, después de 1966. En palabras de Eric Zolov, un “movimiento de movimientos”.

Por tales razones, desde nuestro primer trabajo (Tortti, 1998), hemos considerado a la nueva izquierda argentina como un amplio movimiento –a la vez político, social y cultural–, en el cual la presencia de prácticas y orientaciones discursivas comunes dotó de cierta unidad, y también de potencia, al heterogéneo conjunto de sectores movilizados. Por esa razón, y como ha señalado Michel Dobry (1988), movilizaciones desatadas a raíz de una crisis, en simultáneo y en variados ámbitos, pueden tener tanta potencialidad política como aquellas dotadas de una dirección central, al punto de ser capaces de incidir en la disputa por el poder o, al menos, desestabilizar a un gobierno, tal como ocurrió en el caso argentino a principios de los setenta.

Pero comprender el ciclo de la nueva izquierda en Argentina, además de identificar actores y discursos, es necesario distinguir etapas, identificar “coyunturas críticas”, analizar el impacto de ciertos acontecimientos, como el “Cordobazo”, o seguir el desarrollo del proceso en sus momentos de aceleración y también en sus reflujos.

La primera etapa nos ubica en los años que siguieron a la crisis de 1955 y que puede marcarse como la de los orígenes y primer desarrollo de la nueva izquierda, en un contexto de fuerte inestabilidad política, pérdida de autoridad de las instituciones y de las dirigencias en general. Este período llama a poner la atención en los cambios que comenzaron a producirse en dos sectores sociales. En primer lugar, en la clase obrera que, perdido el amparo del Estado y frente a la proscripción, desarrolló una inédita combatividad. En segundo término, las capas intelectuales de los sectores medios, tradicionalmente antiperonistas, ingresaron en un proceso de

modernización, hasta entonces bloqueado por el tradicionalismo cultural del gobierno peronista.

A la vez dichos sectores, mayormente jóvenes, impactados por la “resistencia” desarrollada por los trabajadores, iniciaron un proceso de revisión político-intelectual del “fenómeno peronista”. Dejaron atrás la caracterización de “totalitarismo” y lo valorizaron positivamente en tanto “experiencia de los trabajadores” y en tanto “movimiento nacional-popular”. Uno de los efectos de ese proceso fue la instalación de un creciente malestar en dos grandes familias ideológicas –la izquierda y el mundo católico– y el cuestionamiento a las dirigencias que “no habían sabido comprender” el fenómeno popular. A ello se agregaron las nuevas ideas sobre el “compromiso” del intelectual y, casi inmediatamente, el impacto de la heterodoxa Revolución Cubana. De esos procesos nacieron los primeros grupos políticos y político-intelectuales de la nueva izquierda, tales como el Partido Socialista Argentino de Vanguardia o el grupo de la revista *Pasado y Presente*, muy atentos a los debates y a la renovación en curso en el campo del marxismo.

A la vez en el sindicalismo peronista, el ala más combativa y algunos intelectuales reelaboraban la propia experiencia, y en cercanía con los mencionados grupos, repensaron su clásica doctrina antiimperialista y de justicia social actualizándola en relación con las ideas de socialismo y revolución. En consecuencia, tanto en unos como en otros, comenzó a pensarse que peronismo y socialismo eran compatibles. Por otra parte, desde mediados de los sesenta se produjo la politización del mundo católico que, en gran medida, adhirió al peronismo desde posiciones de izquierda, post conciliares y tercermundistas –de este mundo surgirá más adelante la organización Montoneros–. Este proceso tuvo un efecto importante sobre la nueva izquierda y también sobre el peronismo, por cuanto la incorporación de estos sectores produjo una notable complejización social y política del movimiento que reconocía el liderazgo del general Perón. Y, además, porque acentuó la disputa entre las alas de izquierda y de derecha de dicho movimiento.

Por otra parte, otros grupos de la nueva izquierda, sobre todo después de ciertas experiencias decepcionantes, se volvieron escépticos respecto de las posibilidades revolucionarias del peronismo y se organizaron al margen de él, dando lugar a experiencias y organizaciones de corte clasista y marxista, tales como el Partido Revolucionario de los Trabajadores - Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y otros armados y no armados.

Todos estos procesos, y el recurso a la acción armada, escalaron tras un nuevo golpe de Estado producido en 1966, sobre todo en el período de las insurrecciones urbanas de 1969-1971, con epicentro en Córdoba y otras ciudades del interior del país, con gran agitación obrera y universitaria. Esto abrió el período de auge de la movilización y de la nueva izquierda. La protesta adquirió una nueva dimensión y a las consignas antidictatoriales, se le agregaron otras de carácter anticapitalista

y por el socialismo. Así, surgió un combativo sindicalismo con propuestas revolucionarias e hicieron su presentación pública las grandes organizaciones político-militares. El gobierno militar resultó desestabilizado y ante la crisis optó por una salida política, convocando a unas elecciones libres y sin proscripciones, mediante las cuales intentaba resolver dos problemas: el del 55, terminar con la proscripción del peronismo; y el del 69, la “crisis orgánica” desatada por el Cordobazo. Como en el caso mexicano reseñado por Elisa Servín, la opción electoral dividiría aguas.

No siendo el lugar para extenderse sobre ese proceso, al menos debe decirse que en principio toda la nueva izquierda, peronista y no peronista, rechazó la “salida electoral”, considerando que con ella se buscaba desviar al movimiento popular de sus objetivos revolucionarios. Sin embargo, poco después las organizaciones de la “tendencia revolucionaria” del peronismo optaron por participar activamente de los comicios, de manera acorde con la voluntad de Perón, mientras que el resto se mantuvo al margen. En 1973 las luchas, entre la izquierda y la derecha al interior del peronismo, no tardaron en estallar dentro del Estado y rápidamente se asistió a la reducción de los espacios de la primera y al comienzo del cierre del ciclo de movilización. Luego, el conflicto escaló con la reanudación de acciones armadas y el accionar represivo del Estado y los grupos paraestatales, pasándose a una abierta represión que alcanzó al conjunto de la nueva izquierda —la que adhería y la que no adhería al peronismo, la armada y la no armada—, tanto a nivel sindical como político y cultural. Este desenlace se potenció con el terrorismo de Estado instaurado en 1976.

Aldo Marchesi: La nueva izquierda es un concepto que navega entre el lenguaje de los actores de los sesenta y el de los historiadores que estudian el período. En el caso de los historiadores de la última década, creo que la utilización de dicho concepto ha servido para ampliar la reflexión sobre la movilización política, social y cultural de los sesenta que había quedado reducida a una visión muy limitada de lo político, fundamentalmente en su dimensión relativa a la violencia política. A mi entender, una de las principales contribuciones de la historiografía de las últimas décadas ha sido la posibilidad de articular la política y la cultura para pensar un conjunto de movimientos de los sesenta en una perspectiva más holística.

El artículo de Eric Zolov, “Expandiendo nuestros horizontes conceptuales: el pasaje de una ‘vieja’ a una ‘nueva izquierda’ en América Latina en los años sesenta” (2008), creo que condensa claramente ese espíritu y que es representativo de un conjunto de trabajos que se han venido produciendo en las últimas décadas. Los trabajos publicados en la revista *The Americas* en el dossier *Latin America in the Global Sixties* (2014) son otro ejemplo. Algo similar ocurre con el artículo de Jeffrey Gould (2009) sobre “los sesenta y ochos” en México, Brasil, y Uruguay. De manera diferente, también María Cristina Tortti (2009) y Vania Markarian (2012) plantean diversas formas de articular un diálogo entre cultura y política en el pe-

río. Menciono algunos trabajos que son los más cercanos a mi experiencia, pero creo que es una tendencia creciente.

Esa dicotomía tan fuerte entre lo cultural y la política de alguna manera había limitado la historiografía previa sobre los sesenta globales. En el norte enfatizando sólo la cultura y en el sur sólo la política armada. Por eso, la idea de la nueva izquierda como una amplia familia donde convergen elementos políticos y culturales es una contribución interesante, que como repasamos aquí desarrollaron casi de manera simultánea varios trabajos que se han realizado en las últimas décadas en EE. UU. y América Latina.

Creo que este tipo de enfoques ayudó a romper con un problema metodológico en los estudios sobre los sesenta en América Latina, relacionado con la fuerte dependencia que los historiadores tuvieron en los enfoques iniciales de las memorias testimoniales de los militantes de izquierda de los sesenta, ya que un inconveniente importante fue creerle demasiado en todo. Sin embargo, con este tipo de aportes encontramos que las cuestiones que investigamos eran mucho más complejas y no podíamos estudiar todo a partir de la versión que los militantes tenían, la cual estaba mediada por su derrota.

Por ejemplo en Uruguay, uno siempre compró la idea de que no había vertientes contraculturales en la izquierda. Esta cuestión en parte estaba dada porque varios de los jóvenes del 68 que habían escuchado rock y hecho ese tipo de cosas, en 1971 ya habían abandonado todo y estaban integrados a estructuras políticas de izquierda bastante tradicionalistas en su estética y moral. Entonces, cuando uno lee los trabajos de Vania Markarian (2012), donde cruza la vertiente política y contracultural en los comunistas uruguayos, se encuentra que sí existieron ese tipo de intersecciones que en los testimonios no estaban presentes. De esta manera, estos trabajos han otorgado la posibilidad de cruzar lo político con diferentes aspectos de la cultura (arte, intelectuales, cultura de masas, socialización cultural, entre otros) en un mismo nivel de análisis.

Otra contribución de este campo de estudio ha sido el énfasis en la dimensión transnacional de la idea de nueva izquierda. Mientras los trabajos previos habían pensado a esos movimientos a través de estudios nacionales o a lo sumo enfoques comparativos, todos estos trabajos con mayor o menor énfasis han señalado que la emergencia de estos actores asociados a la nueva izquierda está vinculada con fenómenos regionales y globales. Algunos enfoques viajaron más y otros menos en las geografías que son necesarias para la emergencia de estos movimientos de la nueva izquierda latinoamericana, pero todos coincidían en que era necesario mirar más allá de la nación.

Además, la bibliografía de la nueva izquierda latinoamericana ha estado en diálogo con la reflexión sobre cuál fue el lugar de Latinoamérica en los *sesenta globales*. Algunos han mantenido enfoques difusionistas que estudian las maneras en

que las ideas que llegaban de los países centrales, como las ideas acerca de la juventud en el trabajo de Valeria Manzano (2017), eran reinterpretadas en el sur. Otros hemos sugerido que además de eso, también existió una influencia relativamente inédita desde el sur al norte. Está esa idea recurrente de que todo empezó en Francia y Estados Unidos, la cual hoy resulta muy cuestionada por estos enfoques. Varios trabajos parecen rescatar el lugar que el tercer mundo en general, y Latinoamérica en particular, tuvieron en los sesentas globales, anticipándose a la movilización europea y norteamericana. Incluso, se podría invertir el orden y decir que la crítica en los países centrales estaba atenta a lo que ocurría en el tercer mundo para orientar su propia acción política. Mao y el Che fueron los principales iconos que recorrieron las calles de Berlín, París, Nueva York o San Francisco en 1968. Dichas imágenes hablan del lugar del tercer mundo en esa movilización global.

También los investigadores de esta nueva izquierda han puesto una especial atención en Latinoamérica como un espacio de circulación de ideas, personas y recursos que contribuyó a la emergencia de esa nueva izquierda, la cual en su mayoría asumió una identidad latinoamericanista. En términos políticos, a través de Cuba, se constituyó una tradición de latinoamericanismo de izquierda que retomaba tradiciones intelectuales de la primera mitad del siglo xx y que rompió en forma velada con ciertos internacionalismos. En términos de redes políticas, se puede trazar una genealogía que empieza en la conferencia OLAS de 1967 y que sigue hasta la constitución del Foro de San Pablo en los noventa ambientado por el Partido de los Trabajadores (PT) brasileño.

En términos culturales, también muchas cosas se tejieron en espacios de encuentro regionales. La teoría de la dependencia es una construcción latinoamericana, que parte de Brasil, luego pasa a Chile en los años setenta y se desplaza a México, donde obtiene un lugar central en muchos enfoques académicos que estudian el orden global, la economía mundo, el diálogo sur-sur y la escuela dependientista africana. También la teología de la liberación es la primera teología que surgió fuera de Europa. Asimismo, la guerrilla urbana del Cono Sur tuvo un impacto importante sobre Estados Unidos y en algunos países europeos. Y por supuesto, la discusión sobre la Unidad Popular en Chile generó intentos de réplica en Europa.

Otro asunto que los estudios sobre la nueva izquierda han desarrollado tiene que ver con la relación entre violencia y política. La pregunta sobre cómo se explica la radicalización está muy presente en los estudios sobre los sesenta. Varios trabajos han enfatizado miradas vinculadas a lo cultural y lo ideológico intentando reconstruir las maneras en que los militantes sentían y pensaban su vida como militantes. El trabajo del PRT-ERP de Vera Carnovale (2011) es un muy buen ejemplo de dicho enfoque. Sin duda alguna, es un excelente trabajo. Pero en mi estudio, tomando aportes de la teoría de los movimientos sociales, he intentado desarrollar otro camino. Intento enfatizar la mirada en la dinámica del proceso político para entender

esa radicalización. Creo que los trabajos de María Cristina Tortti van en una dirección similar.

Lo interesante es visualizar qué estaba pasando en el proceso político que los lleva a tomar esas decisiones. Recuerdo una entrevista que le hice a un líder del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile. Él decía: “nosotros teníamos la opción de la guerra popular prolongada de acuerdo a Mao”. Entonces le pregunté qué querían decir con eso. Me mira y me dice: “la verdad no teníamos ni idea, pero sabíamos que queríamos generar una política disruptiva, alternativa y para eso la violencia era un elemento central”. En esa tensión entre ideología y política, los enfoques no deben descuidar esta última dimensión. Desde mi punto de vista, no hay antagonismo entre violencia y política como algunos han sugerido. La política por momentos se construye a través de la violencia. En mi libro opté por mirar cómo los límites estructurales al cambio social y la imposibilidad de pensar otros caminos políticos tuvieron mucho que ver con la manera en que la violencia emergió como un repertorio posible de acción política.

Los estudios de los sesenta aún están muy marcados por la ideología y la cultura como un “embrujo”. Muchas veces la memoria y algunas historiografías para explicar la radicalización parecen acudir a un brujo llamado Fidel Castro que convence las mentes de los jóvenes en América Latina. Desde ya que esta es una imagen caricaturizada, pero me parece que ilustra un poco la cuestión. O la idea de que las definiciones ideológicas son un *a priori* que están en el momento previo a la acción de estos grupos. Creo que hay que indagar más en cómo los procesos políticos llevaron a la radicalización de activistas con muy diferentes antecedentes. Por ejemplo, en Chile hubo toda una deriva de grupos católicos desarrollistas provenientes de la Democracia Cristiana que en cuestión de tres años prácticamente se declaran marxistas leninistas. Planteaban que el camino revolucionario era el camino por el cambio social. Eso se ve claramente en el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y en la izquierda cristiana rápidamente radicalizada. Las preguntas ante este tipo de experiencias son: ¿Cómo se explica esa rápida radicalización? ¿Es meramente un fenómeno ideológico donde algunos grupos compran ciertas ideas que asumen rápidamente? ¿O está relacionado con un proceso de experimentación política donde se van acabando repertorios y se buscan otros?

Las intervenciones anteriores pusieron en común dimensiones generales y particulares para abordar la nueva izquierda en los años sesenta y setenta en América Latina. No obstante, la última respuesta introdujo la cuestión de las limitaciones que presenta el concepto en los estudios sobre la historia reciente. En este aspecto, ¿cuáles son las problemáticas historiográficas y los límites analíticos que visualizan en el uso del concepto o en las aproximaciones a la nueva izquierda en la región?

Eric Zolov: Esta es una cuestión de metodología y me fascina. Siempre les digo a mis estudiantes: “tu metodología es una extensión natural de tu epistemología”. Como muchas veces no la hacen explícita, los interpeleo con preguntas: ¿cómo es tu epistemología? ¿Cómo concebís y dónde ubicás al motor que mueve la historia? Para mí cada historiador es como un pintor y tiene su propia metodología. Nunca hay dos metodologías exactas y eso es lo bonito de la historia. Entonces la metodología es una extensión, una manifestación, un *carrying out*, como decimos en inglés, de la epistemología, la cual muchas veces puede estar latente y no ser explícita.

Si partimos de esta idea, es muy diferente el tema si uno entiende la política en un sentido amplio, donde no son solamente las personas que hacen las leyes y los partidos políticos, como plantea la epistemología más tradicional, aquella que define la política como partidos, gobiernos y grupos sociales que la practican. Ahora, la idea de política se ha expandido y se pueden concebir muchas experiencias bajo este rótulo. Por ejemplo, una concepción de política puede realizarse a través de la caricatura, la ropa y la moda, entre otras cosas. De esta manera, si uno acepta que la cultura es un motor central de la historia, como lo concibo desde mi punto de vista, entonces la historia se mueve por varios factores y la cultura tiene una fuerza histórica.

Esta concepción para abordar a la nueva izquierda en los sesenta y setenta en América Latina la desarrollo desde hace mucho tiempo. En este trayecto me fui encontrando con distintas problemáticas y revisiones. Por ejemplo, cuando comencé mi último libro *The Last Good Neighbor: Mexico in the Global Sixties* (2020) partí de un marco mucho más restringido de lo que resultó ser finalmente. Al principio, abordaba el impacto de la Revolución Cubana en la política de México y las relaciones de México-Estados Unidos. O sea, una relación triangular basada en lo más obvio: Revolución en Cuba, izquierda en México y tensión México-Estados Unidos. No obstante, cuando consultaba documentos encontraba una y otra vez referencias que no estaban relacionadas con la Revolución Cubana, ni con ese tipo de relaciones. El tema estaba más vinculado con lo que estaba pasando en Europa o en otros imaginarios, como la idea de lo que se llamaba “neutralidad”, la cual me llevó a entender el movimiento de los países no alineados. Esto era muy importante y me demostraba que tenía que abrir mi propio marco historiográfico.

De hecho, durante la investigación tuve que ampliar la periodización. Al principio todo comenzaba en 1958 y 1959 porque no me daba cuenta de que tenía que regresar hasta la Conferencia de Bandung, un evento global donde se lanza el concepto de “tercer mundo” en 1955. Ahora, para mí este es un marco que establece los *global sixties*. Es una cuestión global que nos demuestra que tenemos que entender la historia de México dentro de un marco que es mucho más abierto que esa relación de México-Estados Unidos-Cuba. En el libro hago mucho énfasis en la

necesidad de distanciarnos un poco de la Revolución Cubana. La Revolución Cubana muchas veces es análoga al 68 en México, el cual ha sofocado la historiografía mexicana. Sin embargo, en los últimos años, se está descentralizando el 68 en la historiografía de México (Pensado y Ochoa, 2018). Esto es muy importante y por eso siento que también necesitamos descentralizar el impacto de la Revolución Cubana. Esto obviamente no quiere decir que no tiene impacto y no es importante. Al igual que el 68 es muy importante, pero ha tomado tanto aire historiográfico que ha sido una distracción sofocante que no ha dejado ver otras fuerzas históricas.

Una comparación entre los años veinte y los sesenta del siglo xx sería muy interesante para problematizar el tema de la nueva izquierda. En general, no solamente en México, los veinte son un momento cosmopolita. Las ciudades –Montevideo, Buenos Aires, Bogotá y México– son nodos urbanos cosmopolitas y transnacionales donde hay mucho movimiento. Intelectuales, pintores y poetas intercambian ideas y se conocen. Sería muy interesante hacer un mapa de esos vínculos y continuar haciendo ese mismo ejercicio en la historiografía que aborda los sesenta y demarca diferencias entre vieja y nueva izquierda. Por ejemplo, se podrían reconstruir redes a través de los catálogos de la editorial Siglo XXI o de otras editoriales, para visualizar cuáles eran sus publicaciones, qué obras estaban traduciendo y cuáles fueron las redes entre los autores locales, regionales e internacionales. Una muestra de todo esto es el trabajo reciente que nos comentó Elisa Servín (2020), el cual aborda la traducción de *Escucha, yanqui* (1961). Fue una traducción muy importante y, de hecho, Mills fue una figura central del momento inicial en que la nueva izquierda estaba en el nivel problemático de diferenciarse de la vieja izquierda.

Pero volviendo a la concepción amplia de la política y la nueva izquierda, podemos plantear esta pregunta con exceso de generalización: ¿Por qué en América Latina todavía existe resistencia a esta idea de abrir el concepto de nueva izquierda para abarcar lo contracultural con lo armado? En la historiografía de los Estados Unidos es mucho más aceptable y común incluir en el concepto de nueva izquierda la dimensión contracultural, pero en América Latina hay más resistencia. Todavía muchos enfoques siguen con la idea de que debemos separar lo contracultural como algo externo a la política y las armas. Aunque veo que, actualmente, el panorama está cambiando mucho en países como Uruguay, Argentina y México.

Una pregunta fundamental con respecto a este tema, está relacionada con el sentido del humor, con base a lo que era considerado como reverente o irreverente en los años sesenta. Todo lo que venía desde el partido y la izquierda oficial, era súper serio y reverencial. Hablaban de cosas serias, como los marcos estructurales y económicos que producían diferencias y desigualdades entre las clases sociales. Pero esa seriedad limitaba los términos de lo irreverente y del humor. Hay ejemplos muy buenos, como el del mexicano Carlos Fuentes. En 1966 escribió que era necesario “mantener lugar para la herejía”, es decir, para salir y cuestionar las doctrinas ideo-

lógicas.¹ Por su parte, Carlos Monsiváis dice en 1965 –escribo sobre esto en *The Last Good Neighbor* (2020)– que está harto de una “izquierda anémica que vive en panfletos y volantes y en la eterna y pueril denuncia de Wall Street”.²

Si tomamos la referencia del humor, podemos proponer dos opciones de nueva izquierda: la vanguardista y la cosmopolita. La vanguardista estaba caracterizada por lo serio, lo reverente y la lucha armada, un espacio donde no había mucho lugar para bailar, “¡bailamos después!”. Por otra parte, en la cosmopolita puede ubicarse a intelectuales como Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis y José Agustín. Tenía una relación mucho más abierta a las corrientes transnacionales, tema que estaba relacionado a su manera de concebir la nación. Para la nueva izquierda vanguardista, la nación era un concepto cerrado y las fronteras tenían que ser protegidas. Debían purgar lo extranjero y purificar la nación. En cambio, para los cosmopolitas había que defender lo propio, pero necesitaban masticar lo extranjero como posibilidad de hacer política a través de la apropiación.

Teniendo en cuenta las intervenciones anteriores de Cristina Tortti y Elisa Servín, basadas en la experiencia particular de Argentina y México, quiero aclarar algo importante. Mi concepción de la tensión sobre vieja y nueva izquierda es un marco conceptual, el cual no puede tomarse para obturar el análisis de las particularidades que presenta cada país, sería un problema grave esa actitud. Al contrario, un marco conceptual lo que propone son puntos e ideas para empujarnos a pensar, pero sin desconocer que Uruguay no es México, no es Colombia y no es Chile. Cada país tiene su propia trayectoria, historia y actores. Aunque decir que tiene su propia historia local y regional, no quiere decir que no podamos encontrar paralelismos y temas en común.

Por ejemplo, si hablamos en términos de vieja y nueva izquierda, el Partido Comunista fue mucho más fuerte en Uruguay que en México. Era una burla el Partido Comunista en México, pero en Chile, en Uruguay y en Colombia fue mucho más fuerte. De esta manera, el partido como símbolo de la vieja izquierda tuvo que enfrentarse al desafío de la nueva izquierda que muchas veces los ponía en la encrucijada de “abrirse o morir”. Así, en Uruguay y en Chile, el Partido Comunista tomó conciencia de la necesidad de abrir sus espacios a esta nueva izquierda cultural. Por eso, patrocinaron grupos de *rock*, actividades contraculturales e invitaron a renovar sus propias membrecías. Para México eso fue nulo e irrelevante en la escena de la izquierda. Esto demuestra claramente que no se puede generalizar este tema en exceso y la cuestión depende mucho de cada país.

¹ Se refiere a la discusión en torno a la herejía que Carlos Fuentes plantea en su obra *La voluntad y la fortuna* (2008). Puede consultarse en Patrick Iber (2015: 201).

² Monsiváis, C. “Con un nuevo fracaso Carlos Monsiváis ayuda a resquebrajar la máscara funeraria del mexicano”, *La cultura en México*, 29 diciembre de 1965.

Rafael Rojas: Desde mi perspectiva, el problema de los límites temporales para ubicar a la nueva izquierda es fundamental, pero creo que en la historiografía aún no hemos llegado a un consenso sobre eso. Una forma sencilla es asociar la Revolución Cubana con el surgimiento de la nueva izquierda, pero a lo mejor en una historia intelectual más exhaustiva y rigurosa podremos encontrar elementos algunos años antes. Me parece que el momento posterior al golpe contra Juan Domingo Perón en 1955 en Argentina, el de la famosa “Revolución Libertadora”, y el golpe contra Jacobo Árbenz en Guatemala, son momentos fundamentales en este proceso de la nueva izquierda. Es a partir de estos años que cierta izquierda nacionalista, como los apristas de la revista *Humanismo* y el grupo de *Cuadernos Americanos* en México, comienza a asumir el rotulo de socialista. Se da un proceso de radicalización que lleva a estas fuerzas políticas a decantarse hacia un marxismo crítico y socialista, que se distancia de la Unión Soviética y de los socialismos reales. Claramente, allí hay un embrión de lo que después será considerado como nueva izquierda.

Un punto importante en el tema de la periodización es concebir el desarrollo de la nueva izquierda en América Latina en paralelo y en conexión con la de Estados Unidos. Dentro de los movimientos sociales, populares y juveniles estadounidenses que surgieron durante toda la década de 1960, podemos mencionar al movimiento afroamericano, liderado por los Black Panthers y el Black Power, que incluía panafricanistas, antirracistas y activistas de los derechos civiles, así como algunos escritores vinculados al movimiento cultural de la *beat generation*, sectores de la izquierda hispana de Nueva York, San Francisco y Los Ángeles, especialmente la revista *Pa'lante* con José Yglesias y Elizabeth Sutherland, así como el movimiento intelectual, literario y artístico articulado en torno a la revista *Village Voice*, con figuras como Susan Sontag y Norman Meiller, el cual tenía vínculos con el movimiento *hipster* inicial y el naciente feminismo neoyorquino. Y, por último, tendríamos que incluir algunas de las corrientes de los múltiples partidos socialistas, trotskistas o marxistas, entre las que tiene un lugar principal la publicación *Monthly Review*, editada por Paul Sweezy, Leo Huberman y Paul Baran. Una revista que tenía un fuerte acento económico y sociológico, pero que también prestó mucha atención a los procesos de liberación nacional en América Latina.³

En todo este espectro variado de la nueva izquierda estadounidense, uno de los puntos en que convergieron los distintos actores fue en el grado de identificación, compromiso y solidaridad con la Revolución Cubana. Esto no quiere decir que fue un movimiento homogéneo, sino que existieron matices al interior de cada grupo.

³ Justamente, los debates que se dieron en la esfera pública y en el campo intelectual de Nueva York en torno a la Revolución Cubana durante los años sesenta es el tema del libro de Rojas: *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York* (2016).

Con el paso del tiempo, también surgieron tensiones, críticas y distanciamientos a partir de las aproximaciones del poder revolucionario cubano al modelo del socialismo real. Por ejemplo, los Black Panthers y el Black Power tuvieron fricciones, pues muchos de ellos se refugiaron en Cuba y tiempo después tuvieron que salir de la isla. Con el grupo de los marxistas críticos de *Monthly Review* pasó algo similar, ya que el último libro de Sweezy y Huberman no se editó en Cuba, *Socialism in Cuba* (1969), como sí pasó con los primeros, entre los que destaca *Cuba. Anatomy of a Revolution* (1960), porque contenía una crítica dura al modelo del socialismo real que se estaba implementando en la isla. Queda claro que la historia entre la nueva izquierda neoyorkina y el proceso revolucionario cubano es una historia de mucha identificación, de mucha solidaridad, pero también de crítica.

Además, es importante subrayar que es muy complejo hacer la reconstrucción total de las relaciones entre la nueva izquierda de Nueva York y la Revolución Cubana en un periodo de cerca de 15 o 16 años, entre 1959 y 1976, momento en que se aprueba la Constitución socialista cubana, pues siempre existió una especie de vaivén entre ambos polos. El mismo gobierno revolucionario cubano se posicionó de maneras distintas a lo largo de estos años con respecto a las iniciativas de la nueva izquierda, como fue el caso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL) y en el apoyo a las guerrillas.

En este sentido podemos decir, en términos generales, que entre 1962, después de la “crisis de los misiles” y el distanciamiento entre el gobierno cubano y el soviético, y 1967, año de la muerte del Che Guevara en Bolivia, tenemos cuatro años de inserción muy agresiva de Cuba dentro de la nueva izquierda. Después del año de 1967 empieza a debilitarse esa conexión y a principios de la década de 1970 ya entramos en una fase de recesión del vínculo. Lo cual no debe ocultar el hecho de que durante todos estos años hubo relaciones y afectos, y conexiones casuísticas en las que todavía existe una interlocución privilegiada entre los dos polos.

Elisa Servín: Como sostienen Eric Zolov y Rafael Rojas, un problema importante es el de las periodizaciones. A propósito de la periodización de la nueva izquierda en México, quizá me centré demasiado en fines de los años cincuenta. Pero en los debates que tenemos siempre los historiadores están las periodizaciones, en qué momento empieza una experiencia y en qué momento acaba. En el caso mexicano, lo que nos permite trazar el cambio de una izquierda a otra, puede ubicarse, entre otras cosas, en el fin de la alianza que construye el comunismo mexicano con el cardenismo como opción para la izquierda. Esa alianza que se cimienta en los años treinta, llega a su fin después del reciclamiento que se produce a principios de los sesenta.

Me parece que llega justo a su fin en la coyuntura electoral de 1964, después del debate que se da en el MLN, en términos de si se constituye como partido o no. Lázaro Cárdenas termina dando su apoyo y aval al candidato oficial del PRI que es Gustavo Díaz Ordaz. En ese momento, me parece que podemos pensar en términos simbólicos sobre qué elemento escogería un historiador para decir “aquí hay un quiebre”. Por mi parte, escogería el momento en que Lázaro Cárdenas, después de ser por dos años la vanguardia en la defensa de la Revolución Cubana, dice: “hasta aquí llegamos, no vamos a fracturar al partido oficial”. Evidentemente hay un quiebre porque justo en ese momento el Partido Comunista dice: “nosotros sí quebramos y nos vamos por la vía de la construcción de otro partido para competir en el ámbito electoral”.

La siguiente pregunta es: ¿En qué momento termina el ciclo de la nueva izquierda en México? Yo diría que en términos estrictamente políticos –porque también está todo el espacio intelectual que es la otra vertiente–, este proceso que surge con fuerza a principios de los años sesenta, tiene un momento de llegada con la reforma electoral de 1977. Ese año es cuando el régimen político y su Secretario de Gobernación, Jesús Reyes Heróles, entienden que la única manera de desactivar la radicalización –bueno, no sé si sea la única porque siempre está la vía de la represión– es abriendo el espacio de la política a la izquierda partidaria.

Los años setenta son años de guerrilla y violencia en México. Es una década de contrainsurgencia brutal y en ese sentido el régimen finalmente dice: “llevamos veinte años diciéndoles que no, ya llegó el momento de decirles que sí”. Desde este momento, se inicia un nuevo ciclo en la izquierda, el cual está centrado en la participación electoral y legal. A toda esta nueva generación del Partido Comunista, sin ir más lejos, la vemos ahora en cargos de poder: son diputados y subsecretarios de Estado. De esta manera, desde mi perspectiva, la irrupción de la nueva izquierda en México tiene un punto de llegada después del movimiento estudiantil de 1968, con la reforma política de 1977. A partir de este año llegamos a otra etapa, aunque desde ya las periodizaciones siempre están sujetas a discusión.

Por otra parte, debemos tener en cuenta que, en el asunto de la institucionalización de la nueva izquierda, también existe otra línea de análisis que indaga en la vertiente no radical que no opta por la lucha armada. Esta también encuentra nichos de trabajo en la construcción de nuevas editoriales, de nuevos espacios académicos, en la apuesta por la cultura y por el mundo de la gestión cultural, como en la UNAM y en la Casa del Lago. La Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de los años sesenta es un espacio al que no sólo llega Mills, sino también Herbert Marcuse y otras grandes figuras intelectuales de la izquierda, en buena medida por la fuerza intelectual y el interés explícito de Pablo González Casanova, Enrique González Pedrero y Víctor Flores Olea.

Si se tienen en cuenta las dos vertientes, podemos decir que la nueva izquierda en México es un momento de replanteamiento de un proyecto político. Luego de la reforma política que abre la vía electoral, vemos que esta articulación que se da en los treinta y luego se recicla en los sesenta, donde aparentemente se rompe con el fracaso del MLN, resurge con todo su esplendor en la campaña de 1987-1988, ya no con Lázaro Cárdenas, sino con Cuauhtémoc Cárdenas que dice: “la idea del nacionalismo revolucionario cardenista sigue viva”. Cuauhtémoc tiene finamente la capacidad de articular con la izquierda comunista, que en esta etapa es el Partido Socialista Unificado de México. Así, en 1988 se da por fin lo que hubieran querido que se diera en el ‘63 y no se dio. Sin embargo, la gran apuesta electoral de todas las izquierdas es derrotada porque finalmente Cuauhtémoc Cárdenas tampoco está dispuesto a llevar el asunto hasta las últimas consecuencias. En definitiva, esta historia lo que muestra es que urgen más reflexiones sobre la trayectoria de la izquierda en México, desde los años sesenta hasta la actualidad.

María Cristina Tortti: Pienso que de la respuesta a la primera pregunta pueden desprenderse algunas cuestiones problemáticas al momento de estudiar la nueva izquierda y emplear la categoría. En Argentina discutimos desde hace años acerca de los contornos de la nueva izquierda y sobre la amplitud del concepto. Nosotros consideramos a la nueva izquierda como resultado del cruce del proceso de modernización cultural con el de protesta y politización. De este cruce, resultó un amplio y heterogéneo movimiento, a la vez social, político y cultural, en el que convivieron grupos con variados grados de organicidad. Desde corrientes sindicales clasistas hasta partidos nacidos de rupturas en la izquierda tradicional o de grupos renovadores dentro del peronismo. Y desde sectores católicos politizados hasta grupos intelectuales con actuación en el campo universitario, cultural y editorial.

Todos estaban en protesta y oposición al orden vigente y colocados a la izquierda, no sólo de los partidos liberal democráticos, sino también de la cultura política de la izquierda y el peronismo clásico, con un inocultable sello generacional. Este movimiento heterogéneo y sin centralización organizativa, se unificaba a partir de cierto marco discursivo sintetizado en consignas que apelaban a la “liberación nacional”, al “socialismo” y la “revolución”. Sus consignas, pese a su polisemia, expresaban un compartido espíritu contestatario y acompañaban a las formas radicales de oposición al “sistema”, tanto en la política como en la cultura y el arte. Por eso, desde nuestro punto de vista, no es adecuado reducir la nueva izquierda argentina a las organizaciones revolucionarias, ni a los grupos escindidos de los partidos de izquierda, como tampoco excluir a sectores provenientes de otras tradiciones políticas.

Respecto de lo primero, creemos que al acotar así el campo se reduce arbitrariamente el espacio de protesta y renovación político-cultural dentro del cual estas organizaciones nacieron y se desarrollaron. La casi exclusividad otorgada a las or-

ganizaciones armadas y al tema de la violencia, termina por desdibujar las líneas del enfrentamiento social y político post 1955, además tiende a dejar fuera del análisis a las experiencias que precedieron a la decisión de tomar las armas y favorecer explicaciones en las que la dimensión ideológica aparece sobredimensionada. Respecto de lo segundo, corresponde decir que, para este caso, nuestra definición de izquierda no apunta a lo teórico-doctrinario, sino más bien a la identificación del “lugar” y la “posición” ocupada en el escenario social y político por este multifacético movimiento, del cual formaron parte marxistas, peronistas, nacionalistas, católicos e incluso personalidades liberales de izquierda.

Una de las maneras fructíferas de adentrarse en el mundo de la nueva izquierda consiste en identificar y reconstruir las diversas “vías” de politización/radicación seguidas por actores individuales y colectivos. Al respecto, en la nueva izquierda argentina identificamos al menos tres: la que nació de la izquierda tradicional, la originada en el peronismo y la propia del mundo católico. En todos esos ámbitos, se partió de un creciente malestar —que tuvo uno de sus puntos nodales en la crisis que siguió al golpe de Estado de 1955—, y a la vez de expectativas de cambio despertadas por la Revolución Cubana. Caben aquí interesantes preguntas contra fácticas como las que formula Eric Zolov, pero que por el momento no formularemos.

Lo anterior, además, está ligado a la cuestión de la temporalidad y a la necesidad de periodizar, lo cual tiene efectos diferentes a la hora de la interpretación. No se abre el mismo campo de análisis si se piensa que hubo un período de formación del movimiento, otro de auge y finalmente uno de clausura, que si se considera que la nueva izquierda nace con el Cordobazo en 1969. En este último caso, el origen estará teñido por lo sorpresivo del acontecimiento y por la novedad de la aparición de las grandes organizaciones armadas. Esta perspectiva subsume la trayectoria de la nueva izquierda al período de su auge, subvalora los cambios producidos en la etapa anterior y tiende a explicarlo todo a partir de la violencia practicada por unas organizaciones a las que visualiza como grupos capturados por ideas revolucionarias y “artificialmente implantados” en el movimiento general de protesta. Para salir de esta visión algo simplista, se requiere una reconstrucción más amplia que trace una historia más larga, en una época más amplia y, a la manera de Aldo Marchesi (2019), se ubique en el contexto regional de una revolución en marcha, y se vea a estas organizaciones como parte de lo que Enzo Traverso llama “revoluciones fracasadas” (2012).

Otro conjunto de problemas surge justamente a la hora de explicar el fracaso o la derrota de la nueva izquierda. En algunos casos, la pregunta apunta al papel y a la responsabilidad que cupo a las organizaciones armadas en el desencadenamiento del golpe de Estado, y en otros a los efectos políticos del hecho de que las organizaciones peronistas de la nueva izquierda se hubiesen involucrado en una salida

institucional que no lograrían conducir. Según se piense, el cierre es visto como un momento –marzo de 1976–, o por el contrario como un proceso desplegado desde, al menos, fines de 1973.

El conjunto de temas que hemos evocado, aun siendo incompleto, muestra claramente que al desafío de toda investigación, en el caso de los estudios sobre la nueva izquierda, se agregan complejidades derivadas de la proximidad histórica y del carácter sensible de los temas. Como en la búsqueda de explicaciones se está siempre ante el riesgo del exceso de empatía con los protagonistas o de un déficit de comprensión respecto de la incidencia de las condiciones históricas en las que se movieron los actores, conviene atender a la recomendación de poner en práctica una “empatía controlada”.

Aldo Marchesi: Últimamente, he comenzado a valorar más la advertencia planteada por algunos autores como Vania Markarian, acerca de los límites del concepto para entender lo que pasaba con el conjunto de las izquierdas durante los sesenta. El énfasis en la ruptura, desarrollado por los actores de época, ha opacado las continuidades y aspectos comunes con la vieja izquierda. Además, ahora que estoy investigando temas de los años cuarenta y cincuenta, visualizo la continuidad entre algunos planteos de sectores de la izquierda latinoamericana de esa época y de lo que después se llamó nueva izquierda. La ruptura, la novedad enunciada por los actores de los sesenta debería estar mucho más matizada, si miramos varios de los debates de la izquierda latinoamericana de la primera mitad de siglo.

En esto me parece que la categoría nueva izquierda termina encapsulando procesos más largos. Por ejemplo, veo que en muchos actores de los sesenta en el Cono Sur (creo que en México es diferente), existe una matriz de izquierda fuertemente crítica de la ortodoxia comunista que tiene elementos que vienen de discusiones de los cuarenta y cincuenta, relacionados con la experiencia de la Guerra Civil Española, de los conflictos en el mundo comunista y de los debates latinoamericanos alrededor de la experiencia de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Asimismo, las ideas latinoamericanistas que fueron tan importantes para la nueva izquierda de los sesenta, tienen antecedentes claros en las décadas previas.

Por esos motivos, estoy desarrollando una actitud sospechosa con la categoría de nueva izquierda porque aún está muy atada a la narrativa de los propios actores. Cuando uno se acerca a los testimonios de la época, varios asuntos que son constitutivos de la izquierda latinoamericana de todo el siglo XX son presentadas por los militantes de los sesenta como una creación de ese momento histórico. En ese sentido, creo que todavía la historiografía que se escribe sobre este momento sigue muy pegada a la manera en que los actores del período nos contaron esa historia. Por todo lo mencionado, me parece que la historia oral, aunque es un recurso metodológico válido, necesita contrapesos. Además, esto también se ve reforzado por

el escaso diálogo entre los historiadores que trabajamos las izquierdas de la primera y la segunda mitad del siglo xx.

De todos modos, lo que digo no implica cancelar la idea de novedad en relación a estos movimientos políticos. En mi libro *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del Muro* (2019), creo que encontré algo que fue relativamente nuevo. La novedad residía en un conjunto de grupos políticos asociados a redes de movimientos sociales e intelectuales que formaron parte de una misma cultura política en el Cono Sur. Estos sectores se sentían parte de algo nuevo y desarrollaron prácticas e ideas que tal vez no fueron tan originales y tenían antecedentes, pero constituyeron movimientos políticos nuevos.

En este aspecto, uno puede decir que fue una izquierda latinoamericanista –país por país esto es muy complejo y en México ni que hablar– con un tono revolucionario que se reconoció mutuamente a nivel continental y se distanció de otras identidades previas de las izquierdas. La misma se fue adecuando a los procesos políticos que tuvieron cercanía con lo popular, lo que produjo algo diferente a cómo se habían entendido las izquierdas, los socialismos y los comunismos urbanos a principio del siglo xx. Si seguimos la narrativa de la nueva izquierda podemos partir de los sesenta hasta llegar al chavismo o al PT brasileño. Y en ese sentido, la nueva izquierda podría ser definida como el punto de partida de un ciclo político que perdurará por décadas.

Como dijimos antes, la idea de una izquierda latinoamericana existió previamente, pero la continuidad que se establece a partir de los sesenta si es original. En ese entonces funcionó como una red política, intelectual e institucional relacionada con las guerrillas latinoamericanas. Luego esas mismas guerrillas se transformaron en los setenta y ochenta. Primero tuvieron peso en Cuba, después en América del Sur y finalmente en Centro América con El Salvador, Guatemala y Nicaragua. En todo este recorrido, es posible trazar un mapa que va desde la versión restrictiva de la nueva izquierda, asociada a las organizaciones armadas, a aspectos más generales de una identidad política, intelectual y cultural asociada a proyectos culturales tan diversos como los de Eduardo Galeano, Roque Dalton, el dependentismo o Mafalda.

Un tema que falta ahondar y me gustaría abordar en el futuro, es pensar el surgimiento de esa nueva izquierda, o esta ruptura en las formas políticas de resistencia que se desarrollan en los sesenta, en una perspectiva que cruce la cuestión política y cultural con la cuestión de la desigualdad y las clases sociales. En toda la reflexión de los sesenta se ha incorporado poco el conflicto social en un sentido más tradicional. Es llamativo que, en un período marcado por el conflicto social, el mismo no aparezca tanto en la historiografía de esos años. A mí me gusta leer la sociología de los sesenta y setenta: sociología latinoamericana, sea cepalina o marxista, porque reconstruye lo que estaba en cuestión en ese momento. El tema era el

cambio social, con el que se hacía referencia a generar bienestar o beneficio para la mayoría de los sectores populares y ahí “no hay mucho misterio”, aunque sea una frase común y corriente.

De alguna forma, debemos volver a analizar esa experiencia, desde enfoques que crucen lo político y lo cultural con la cuestión socioeconómica, la cual estuvo muy presente y ha quedado un poco al margen en los estudios históricos sobre el período. Por ejemplo, indagar más en cuál fue la relación de la nueva izquierda con los sectores subalternos. Algunos trabajos han enfatizado en la dimensión vanguardista de estas organizaciones en su vínculo con los sectores populares. Sin embargo, hay una dimensión movilizadora que se produjo a través del encuentro entre sectores medios y sectores subalternos que aún no ha sido suficientemente rastreada.

Existen ciertas perspectivas que miran el período desde categorías actuales y no ponen en cuestión lo que estaba en discusión en esa época y eso es problemático. En esta dirección también creo que el balance de las acciones violentas de los sesenta tendría que ser más abierto, porque en general siempre se hace un balance muy negativo y marcado por la sensibilidad contemporánea en relación a la violencia política. Muy signado por el ciclo histórico de los noventa, momento en que muchos de nosotros nos formamos como investigadores y como académicos. Por esa razón, somos deudores de la idea de los derechos humanos y las versiones más liberales del fin de la historia, junto a la condena general a la violencia como práctica política. En gran medida, todo eso nos obturó una reflexión más profunda y matizada sobre la violencia como fenómeno histórico en los sesenta.

Muchas veces es recurrente la idea de que la violencia de estas organizaciones habilitó la represión que llevó a su derrota, masacre y destrucción. Pero si uno amplía la mirada y visualiza el proceso en un ciclo más amplio, el balance puede ser más variado. Algunos movimientos que empezaron en los sesenta, fueron derrotados en los setenta, pero reaparecieron en los ochenta y noventa. En ese sentido, los procesos de los sesenta, con su dimensión violenta constitutiva, fueron fundantes de experiencias políticas que continuaron con distintas variantes en los países de América Latina hasta el nuevo siglo. Esto no resulta muy diferente de varios partidos políticos que se constituyeron a principios del siglo xx a través de procesos violentos en diferentes partes de América Latina y luego fueron centrales en la política de dicho siglo. Entonces, para hacer historia debemos suspender el juicio ético del presente y repensar en qué manera la violencia de los sesenta se relacionó con las nuevas formas políticas. En mi libro, terminé diciendo algo así: “¿cómo pensar una época revolucionaria desde un tiempo no revolucionario?”. Ese es el gran dilema que tenemos para pensar la violencia.

Finalmente, algo que también considero importante es la necesidad de pensar mucho más el tema de la nación frente al imperio, porque fue una cuestión central en América Latina en el contexto de la Guerra Fría y no ha sido enfatizado como se requiere para pensar el período. La pregunta está relacionada con la política, ¿por qué un conjunto de actores muy diversos se alinearon conjuntamente en proyectos de izquierda, en donde lo único que tenían en común era el antiimperialismo? En América del Sur, por ejemplo, existieron visiones diferentes de la política, pero que se alinearon en ese punto en común. En 1973 se llegó a hablar del eje *La Habana - Lima - Santiago de Chile - Buenos Aires*, como un momento de creciente expansión de la izquierda antiimperialista en la región.

Sin embargo, esa idea de izquierda antiimperialista que uno podría asumir como homogénea, fue extremadamente diversa en términos ideológicos, políticos e incluso en los actores sociales que la impulsaron. Mientras en Cuba había un régimen de partido único marxista leninista, Perú tenía una dictadura encabezada por militares desarrollistas, Chile un experimento político que procuraba conciliar las virtudes de la democracia liberal con el socialismo liderado por un presidente socialista democrático, y Argentina estaba iniciando un gobierno populista de izquierda. Aunque más allá de esa diversidad extrema, todas estas visiones de la política compartían una tensión estructural entre las posibilidades de los desarrollos nacionales y el papel de los Estados Unidos. De alguna manera, las rupturas políticas asociadas a lo que generalmente se llama nueva izquierda, y otras que se producen en diferentes movimientos políticos, se explican por una idea de antiimperialismo que trasciende a los enfoques ideológicos y políticos. Parecen tener que ver con cuestiones geopolíticas acerca de cómo concebir la soberanía en el contexto de la Guerra Fría. Este tema me parece importante, como otros que aludieron los colegas anteriormente.

Referencias bibliográficas

- Carnovale, V. (2011). *Los combatientes: historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dobry, M. (1988). *Sociología de las crisis políticas. La dinámica de las movilizaciones multisectoriales*. Madrid: Siglo XXI.
- Drinot, P. (2010). *Che's Travels: The Making of a Revolutionary in 1950s Latin America*. Durham: Duke University Press. <https://doi.org/10.1215/9780822391807>
- Fuentes, C. (2008). *La voluntad y la fortuna*. México: Alfaguara.
- Huberman, L. y Sweezy, P. (1960). *Cuba: anatomía de una revolución*. La Habana: Editorial Vanguardia Obrera.
- Huberman, L. y Sweezy, P. (1969). *El Socialismo en Cuba*. México: Editorial Nuestro Tiempo.
- Iber, P. (2015). *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge: Harvard University Press, 2015.
- Gould, J. (2009) "Solidarity under siege: the Latin American left, 1968". *The American Historical Review*, 114 (2), 348-375. <https://doi.org/10.1086/ahr.114.2.348>
- Jian C., Klimke M., Kirasirova M., Nolan M., Young M., Waley-Cohen, J. (eds) (2018). *The Routledge Handbook of the global sixties. Between Protest and Nation-building*. London: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315150918>
- Kunzle, D. (coord.) (1997). "Introduction". *Che Guevara: Icon, Myth, and Message*. Los Angeles: University of California, Fowler/Center for the Study of Political Graphics.
- Manzano, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina: cultura, política, y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Marchesi, A. (2019). *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro de Berlín*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Markarian, V. (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Mills, C. W. (1960). Letter to the New Left. *The New Left Review*, 5. Disponible en <https://newleftreview.org/issues/15/articles/c-wright-mills-letter-to-the-new-left>
- Mills, C. W. (2019) [1961]. *Escucha, yanqui. La Revolución en Cuba*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pensado, J. (2008). *Student Resistance, Political Violence and Youth Culture in Mexico City, c. 1867 - c. 1965: A History of the Antecedents of Porrismo*. Ph. D. University of Chicago.
- Pensado, J. y Ochoa, E. (coords.) (2018). *México Beyond 1968: Revolutionaries, Radicals, and Repression During the Global Sixties and Subversive Seventies*. Albuquerque: University of Arizona Press.

- Rojas, R. (2016). *Traductores de la utopía. La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Servín, E. (2020). La experiencia mexicana de Charles Wright Mills. *Historia Mexicana*, 4 (276), 1729-1772. <http://dx.doi.org/10.24201/hm.v69i4.4056>
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Terán, O. (1991). *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- The Americas. *A quarterly review of inter-american cultural history* (2014). “Special Issue: Latin America in the Global Sixties”, 70 (3).
- Thompson, E. P. (2016). *Democracia y socialismo*. Edición crítica Alejandro Estrella, y prólogo Bryan D. Palmer. México: UAM/CLACSO.
- Thompson, E. P., Alexander, K., Hall, S., Macintyre, A., Samuel, R. y Worsley, P. (1960). *Out of Apathy*. London: Stevens.
- Torti, M. C. (1998). “Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo nacional”, *Taller*, 6, 1998.
- Torti, M. C. (2009). *El viejo Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Torti, M. C. (2014). *La Nueva Izquierda Argentina (1955-1976): socialismo, peronismo y revolución*. Rosario: Prohistoria.
- Traverso, E. (2012). *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo xx*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zolov, E. (2008). Expanding our Conceptual Horizons: The Shift from an Old to a New Left in Latin America. *A Contracorriente*, 5 (2).
- Zolov, E. (2012). *Rebeldes con causa: la contracultura mexicana y la crisis del Estado patriarcal*. México: Norma.
- Zolov, E. (2020). *The Last Good Neighbor: Mexico in the Global Sixties*. Durham: Duke University Press.

Autores/as de la entrevista

Nicolás Dip. Becario del Programa de Becas Postdoctorales de la Universidad Nacional Autónoma de México en el Instituto de Investigaciones Sociales, bajo la asesoría del Dr. Sergio Zermeño y García Granados. Doctor en Historia y Licenciado en Sociología por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

Sylvia Sosa Fuentes. Licenciada en Sociología y Maestra en Estudios Políticos y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente, cursa estudios de doctorado en Sociología en el Posgrado de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y se desempeña como Técnica Académica Titular en el Departamento de Humanidades y en el Taller

de Análisis Sociocultural de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa. Su investigación se encuentra orientada a los estudios sociológicos e históricos de las ciencias sociales.

Anderson Paul Gil Pérez. Licenciado en Etnoeducación y Desarrollo Comunitario por la Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia. Maestro en Historia por la Facultad de Historia y estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad Autónoma de Sinaloa, México.

Iris Adriana Juárez Galván. Licenciada en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Zacatecas; Maestra en Estudios socioculturales por la Universidad Autónoma de Baja California. Su programa de investigación se ha configurado desde los estudios culturales y la crítica poscolonial para pensar la configuración de la modernidad mexicana en el siglo xx, desde el cine y la literatura. Actualmente, estudia el doctorado en Humanidades en la Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco.

Brenda Belén Castillo. Estudiante avanzada de la Licenciatura en Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Investigadora en formación en el área de Ciencias Sociales en el Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichon. Integrante del equipo de investigación dirigido por Silvia Morón, titulado “El complejo vínculo entre lo económico y lo político. Aportes teóricos y metodológicos para el estudio situado del conflicto capital-trabajo en Argentina”.

Guadalupe Manzano Ocampo. Maestra en Ciencias en Desarrollo Local por la Facultad de Economía “Vasco de Quiroga” de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México. Actual estudiante del Doctorado en Políticas Públicas del Instituto de Investigaciones Económicas y Empresariales de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Hugo Armando Nateras Jiménez. Estudiante de la Maestría en Historia, con opción en Historiografía, de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México. Interesado en la historia intelectual de las izquierdas, los movimientos populares y la obra de José Revueltas.

Marco Antonio Sandoval. Maestro en Historia Internacional por el Centro de Investigación y Docencia Económicas. Licenciado en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México y Licenciado en Sociología por la Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco. Actualmente, cursa estudios de Doctorado en el Programa de Posgrado de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Martín Manzanares Ruiz. Doctorante en el programa de Historia de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Maestro en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Actualmente, es co-coordinador del Seminario Permanente de Historia y Antropología de la Salud Mental del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Carolina Fernández Esquivel. Maestra en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México y Licenciada en Historia por la Universidad de Tarapacá, Chile.